

**EPELE, M Y GUBER, R (COMP.); FERNÁNDEZ
ÁLVAREZ, M I; GAZTAÑAGA, J; HERNÁNDEZ, V;
TAMAGNO, L; TOLA, F; Y ZAPATA, L.
EL MALESTAR EN LA ETNOGRAFÍA
(2019) ARGENTINA, IDES**

Paula Estrella
Dra. en Antropología- FFyL- UBA
UNPAZ-IIGG/UBA-IDES
pvestrella@gmail.com¹

El libro compilado por María Epele y Rosana Guber es el producto de un encuentro desarrollado en el año 2017 en torno a los malestares en la práctica etnográfica. Las autoras exponen diversas problemáticas que atravesaron en sus experiencias etnográficas y que les permitieron interpelar su trabajo en términos metodológicos, políticos y personales. En cada uno de los capítulos se abordan malestares que ponen a prueba los alcances de la etnografía como enfoque, como método y como texto. Los planteos brindados por las autoras constituyen una invitación a repensar las relaciones entre campo y teoría a partir de equivocaciones, ridículos, conflictos, experiencias, dejarse afectar, sufrimientos, valores, historias, emergentes inesperados, desacuerdos con otras disciplinas científicas, que surgen en la praxis antropológica. La síntesis lograda pone en evidencia las potencialidades de los malestares en la etnografía para producir conocimientos acerca de y con otredades, en tanto comprenden proyectos que construyen horizontes de posibilidades.

Palabras clave: Etnografía- Malestares- Trabajo de Campo

En este libro se abordan los malestares que han transitado y transitan las antropólogas en sus experiencias etnográficas. Las revisiones desarrolladas no se quedan entrampadas en el regodeo de los malestares, sino que buscan propuestas superadoras capaces de cuestionar el súper yo antropológico, el deber ser metodológico y los enfoques académicos políticamente correctos. Las autoras muestran las oscuridades que las afectaron en sus trabajos, que las motivaron a salir de los lugares conocidos, las zonas de confort, para adentrarse en búsquedas inciertas, sin recetas y con dilemas éticos, políticos y hasta filosóficos y existenciales. A medida que se avanza en la lectura es posible incorporarnos como observadores/as en los diversos campos de estudio de las investigadoras y seguir sus pasos, sus dudas y sus decisiones, en sus debates con

1 Artículo recibido en marzo de 2019. Aprobado: diciembre de 2019

ellas mismas, con sus colegas cercanos y lejanos y con los actores en el campo. Podemos reconocer a través de ellos sus recorridos teóricos-epistemológicos como procesos dinámicos en los que el involucramiento es el vehículo y la condición para conocer.

Los caminos inciertos de la investigación antropológica son interpelados desde el principio de la obra, en el que Florencia Tola hace de las equivocaciones un objeto de análisis y reflexión. A partir de retomar dos situaciones ocurridas con interlocutores qom durante su trabajo de campo en la provincia de Chaco en los años noventa, muestra cómo el uso común de términos que se consideran homólogos conllevan equivocaciones. La autora relata cómo logró darse cuenta de que sus categorías de entendimiento no le permitían traducir la experiencia etnográfica; señala cómo los conceptos qom de cuerpo, persona, sangre, leche, menstruación, fecundación, entre otros, la llevaron a repensar sus propias categorías y a entender la alteridad como la coexistencia de mundos plurales. Así, desde una propuesta denominada ontográfica, plantea que las equivocaciones ponen en evidencia puntos de vista plurales sobre mundos plurales, siendo el objetivo de la experiencia etnográfica repensar nuestros conceptos. Tola propone que las etnografías deben considerar en una paridad epistémica las categorías antropológicas y contra antropológicas que, elaboradas por nuestros interlocutores, están en constante confrontación. Es en este ejercicio de ida y vuelta entre antropologías que se producen las equivocaciones y los malestares que dan lugar a aproximaciones de entendimiento.

Siguiendo en el cultivo de los malestares, los ridículos en el trabajo de campo son retomados por Julieta Gaztañaga para pensar las relaciones entre antropología y etnografía. Los traspiés, las observaciones a escondidas, los comentarios fuera de lugar, son incorporados como instrumentos epistemológicos de la investigación etnográfica. A partir de dos experiencias de trabajo de campo, una con actores involucrados en un proceso de integración interprovincial y otra con miembros de un colectivo vasco-argentino, la investigadora plantea las dificultades metodológicas que se suscitan cuando se estudian procesos políticos (como el federalismo y el abertzalismo) desde la etnografía y comparativamente. Al asumir que éstos comprenden valores en acción, que se actúan, encuentra en los ridículos la puerta de acceso a los procesos sociales. Cuidarse de no pasarse con el alcohol en las fiestas, tomar responsabilidad por vínculos afectivos generados, entre otros, le permitieron darse cuenta de que las maneras de habitar y producir lo político eran otras a las que ella estaba acostumbrada a reconocer. Mediante un enfoque procesual, y en el afán de que la antropología pueda decir algo de todos, Gaztañaga plantea desnaturalizar las categorías propias y tomar las exóticas para repensar nuestros propios supuestos.

Otra de las dimensiones no desconocidas del malestar en el conocimiento antropológico se relaciona con los requerimientos de producción y las modas o tendencias teórico metodológicas que condicionan el hacer etnográfico. Liliana Tamagno expone sus malestares con respecto a las condiciones de producción académica definidas por la lógica de mercado capitalista, individualista y fundada en la competencia. Apelando a su propia trayectoria de investigación, la autora revisa el tratamiento de la cuestión indígena y denuncia la falta de continuidad de investigaciones que desde enfoques estructurales, críticos y comprometidos permitan dudar de/ poner en entredicho al “pensamiento único”. Retomando autores como Aníbal Quijano y Roberto Espósito y sus

conceptualizaciones sobre colonialidad, comunidad y reciprocidad, propone analizar las situaciones-objeto de estudio como parte de un campo de tensión entre la lógica de la competencia por un lado y la lógica de la reciprocidad por el otro, para dar lugar, más allá del individualismo y la competencia, a la esperanza y el compromiso que reclaman al campo académico aquellos que han sido privados de sus derechos.

En relación a la idea de compromiso, el trabajo de María Inés Fernández Álvarez analiza los malestares en torno a sus usos en el campo de la antropología colaborativa. A partir de retomar experiencias de campo acompañando a trabajadores de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), cuestiona la forma en que se califica el conocimiento de los otros, que reduce el compromiso a un tema de autoría o a lo meramente declarativo y afirmar la condición de productores de conocimiento teórico de sus interlocutores. La autora señala que la evaluación de las acciones de los trabajadores en términos de éxito o fracaso no permite comprender el carácter procesual de sus logros. Al analizar los logros de los trabajadores de la CTEP como experiencias que vehiculizan procesos que son dinámicos e inciertos, pudo entenderlos como parte de la construcción de un horizonte de posibilidades, de proyectos imaginables y no evaluarlos en relación al éxito o fracaso circunstancial. A partir de revisar qué es el compromiso en antropología cuestionó el proceso de extrañamiento centrado en la distancia político afectiva, proponiendo el involucramiento y compromiso como medio para conocer y reconocer los conceptos analíticos y la teoría social de los otros.

En concordancia con estos postulados, Laura Zapata analiza los feíticos en Mozambique comprendiéndolos desde el pensamiento nativo. Pero para llegar allí debió recorrer un camino de revisión de aspectos metodológicos típicos de la antropología clásica. A través de su trabajo de campo en una *partilha*² de misioneros experimentó y reconoció diversos malestares que toma como objeto de análisis. El primero corresponde al malestar de los misioneros convertidos en “otros” (sujetos de estudio) por la antropóloga a partir de su registro, el segundo es el malestar de la antropóloga limitada por misioneros en el TC (corresidencia) quienes le aconsejaron “no andar contando”, y el último corresponde al malestar de los acusados de feíticos (cuestionados en su espacio territorial). A partir de estos malestares en el TC pudo interpelar los diversos modos de construcción de espacios sociales, y de alteridad (en el espacio del registro) y prestar atención a otras clases de comunicación como los feíticos que construyen espacios laxos, que no se representan con palabras ni medidas, que implican afectos, intensidades, síntomas, otras formas de lenguaje que pueden ser evidenciados a través de la etnografía.

Continuando con las reflexiones referidas a los malestares en la etnografía, María Epele aborda las dificultades que conlleva la escritura sobre el sufrimiento/padecimiento de población vulnerabilizada en los márgenes urbanos de Buenos Aires. A partir del análisis de un caso interroga los modos de escribir acerca de los malestares analizados en estas poblaciones. En algunos casos el/la antropólogo/a escribe lo que le dictan sus interlocutores, otras veces se presenta como el portavoz, o registra mensajes sin destinatarios a los que denomina “de botella” o escribe desde una lógica artesanal. La autora refiere que ello hace posible esclarecer diversos procesos que producen malestares en

2 Consiste en “compartir la vida” durante un período de tiempo con los grupos visitados por misioneros.

el desarrollo de su escritura etnográfica, vinculados a: autorías, apropiación, mercantilización, etc. A su vez, revisa las formas de escribir sobre el sufrimiento más frecuentes y que “siguen la corriente”, es decir, son previsibles, y propone una escritura artesanal, que denomina “contra la corriente”, afectada por procesos económicos y políticos, regionales y locales, en la que se asume una cercanía entre textos y sujetos de los que se habla, y es capaz de “extraer de lo vivido las huellas que son dignas de ser escritas”.

En sintonía con el hacer etnográfico “contra la corriente”, Rosana Guber aborda los malestares emergentes a partir de reflexionar en torno a los límites de la capacidad para debatir disciplinariamente abordajes de objetos de estudio que conforman la otredad de la academia, que son polémicos desde lo ético-político. La autora relata que al ser encargada de cerrar un congreso, se preparó para hablar de los pilotos de Malvinas y, a través de ellos, hablar de todos. Pero, experimentó un malestar cuando en la mesa anterior al cierre se trabajó sobre “la memoria de la dictadura” y se vio en una situación que ponía en evidencia el límite entre “el decir” y la “capacidad de escuchar de la audiencia”. A partir de ello se replanteó los condicionamientos que contextualizan nuestra práctica etnográfica, práctica que nos produce malestares que ponen en evidencia las complejidades de lo humano, que quiebran las certezas y los relativismos, que nos dislocan, que nos pueden acercar y hasta incluso nos permiten reconocernos en nuestros monstruos. Repensar los costos de hacer etnografía de y con otredades “políticamente incorrectas” es un desafío epistemológico que esta investigadora emprende.

Por último, Valeria Hernández aborda los malestares surgidos en la participación de un proyecto de Big Science sobre cambio climático. La investigadora realiza una serie de reflexiones metodológicas al tomar como objeto de análisis los malestares que se originaron a partir del encuentro de diversas disciplinas científicas, el trabajo intra e interdisciplinario y lógica de mercado y espectáculo que este tipo de proyecto implicó. La autora relata cómo pudo incorporar las tensiones emergentes en el campo como fuente de conocimiento. Algunas de las reflexiones con sus colegas implicaron una revisión epistemológica de la propia práctica antropológica (trabajo de campo e interpretación colectiva, autorías, la no participación en difusión de resultados desde una lógica del espectáculo, el planteo acerca de la conservación de los anonimatos y la confidencialidad de datos). Al considerar necesario el proceso de implicación - reflexividad en el quehacer antropológico de nuestro presente -atravesado por las dinámicas de la tecnociencia, el espectáculo, la mercancía, y las nuevas tecnologías de la comunicación-, Hernández propone que nuestro desafío es poder desarrollar la práctica etnográfica sin renegar del mundo contemporáneo incorporándola como un potente analizador.

Considero que las autoras de este libro ameritan un reconocimiento en tanto amplían el horizonte de posibilidades de la etnografía. Sin mapas ni recetas examinan los malestares en torno a la práctica profesional, los van recorriendo, desmenuzando, saboreando, digiriendo, regurgitando, y sobre todo, interrogando. Aún sin respuestas a muchas de sus preguntas nos invitan a pensar en el hacer y hacer en el pensar. A lo largo del texto comparten generosamente sus brújulas teórico-prácticas que nos motivan a seguir emprendiendo el arduo e impredecible trabajo etnográfico.